

Langoni, Harberger, Friedman

Por Emilio Sanfuentes V.



HE asistido la semana pasada —devotamente, debería señalar— a las magníficas conferencias dictadas por los economistas Langoni, Harberger y Friedman. Porque conozco el impacto que los conceptos escuchados produjeron en el enorme público asistente creo necesario efectuar un muy apretado resumen de las principales conclusiones que ellos expresaron sobre la actual situación económica chilena:

1.— Los principales problemas que enfrenta nuestro país son fundamentalmente dos: terminar con la inflación e implantar un sistema económico más libre, en base al amplio uso de las fuerzas del mercado y centrado en la actividad privada.

2.— Ambos temas presentan interrelaciones notables. Así, parece muy difícil obtener el provecho máximo que teórica o empíricamente se le atribuye al sistema de economía social de mercado si el país presenta tasas de inflación cercanas al 300 por ciento anual. También es imposible detener esas tremendas alzas de precios mediante políticas dirigistas o socialistas, cuyos más conspicuos (y detestables) instrumentos son los subsidios y los controles de precios.

"En un pantano"

3.— Ambos problemas —inflación y carencia de libertad económica— se encuentran vigentes; más aún, dramáticamente no resueltos. (Permítanme una pequeña digresión: quienes se asustan, indignan y escupen al cielo por la franqueza con que Orlando Sáenz analiza nuestra política económica, no creerán haber oído las siguientes frases textuales de Arnold C. Harberger, en el mismo Edificio Diego Portales: "...Todo lo cual determina que estamos ahora en un pantano"; "estoy triste al no ver esfuerzos para rectificar el déficit fiscal"; "el país no llegará lejos si atribuye la situación actual a causas fuera de su control"; "no ha habido, ni por lejos, el esfuerzo propio de la naturaleza del problema que enfrentamos"; "¿no se han dado cuenta de la gravedad del problema presupuestario?").

4.— Respecto de la inflación, no

hay dudas respecto de su causa inmediata: los aumentos en la oferta de dinero. Esta, a su vez, se expande como consecuencia del déficit fiscal, originado por un gasto público excesivo. Los especialistas extranjeros cierran de este modo el debate sobre el diagnóstico de nuestros males. La ciencia económica nada más puede hacer para salvar la economía chilena. Lo que queda es un problema político. O, más que eso, un problema de decisión y coraje.

5.— La duda específica, en el caso de la inflación, se centra en la continuidad del enfoque *gradual* de contención inflacionaria o en la opción —siempre disponible— del *tratamiento intensivo* (shock treatment). (Otra digresión: ya en enero de este año expresé mis dudas respecto de la primera de estas opciones cuando, consultado por QUE PASA, expresé: "Si estabilizar implica menguar el crecimiento, ¿cuán gradual debe ser el proceso de estabilización? ¿Dos, tres, cinco años?").

6.— Habiendo optado los especialistas norteamericanos por el "shock treatment", recomiendan explícitamente:

a) Reducir el gasto fiscal en un 25 por ciento mediante la postergación de todo gasto postergable y de parte de los gastos "impostergables" (¿Por qué no creamos, agregaría yo, un Ministerio de Reducción del Gasto Fiscal —así, todo con mayúsculas—, el que desde su origen sería más importante y tendría más que hacer que el 90 por ciento de los ya numerosos ministerios chilenos?).

b) Terminar con los subsidios de cualquier naturaleza.

c) Reajustar las tarifas o precios de los servicios y bienes de las empresas estatales en forma expedita y oportuna.

d) Fijar tasas de interés reales, es decir, tasas al menos ligeramente superiores a la tasa de inflación.

e) Cambiar la unidad monetaria nacional.

f) Evitar los controles de precios por ser los mejores agentes de inflación y el excelente caldo de cultivo de las mismas actividades monopólicas que se pretende controlar.

Problemas internos y soluciones internas

7.— Se acepta el costo —en desempleo y menor producción— del tratamiento duro y frontal al problema inflacionario. Pero se aclara que la opción no es, a esta altura, entre ese costo y beneficios insospechados. Chile es un país enfermo, que se debate entre dos alternativas claras: parar la inflación ahora y echar a andar un sistema de libertad económica que le traería progreso y bienestar a un plazo no muy largo o seguir con el enfoque productista que, postergando o repartiendo en un período más largo esos mismos costos del programa antiinflacionario, posterga también nuestra deseada recuperación.

8.— La única manera de reducir los costos del programa de estabilización y de acelerar el crecimiento económico consiste en introducir en la economía chilena una dosis mayor de libertad económica a la existente actualmente.

Los costos ad portas hacen indispensable restarle rigidez al sistema, de modo que las diferentes unidades económicas puedan adaptarse con más fluidez a los profundos cambios que se avecinan.

9.— Hubo acuerdo unánime que el Estado no podía estar ausente y despreocupado frente a aquellos casos de extrema necesidad económica, para lo cual debiera usar una política de oferta abierta e ilimitada de empleo a niveles de ingresos bajos, pero que permitan un monto mínimo de consumo familiar.

10.— Los dos principales problemas que enfrenta Chile tienen su origen y solución solamente dentro de nuestras fronteras. Las alteraciones en los precios de nuestros bienes exportables e importables sólo nos hace más ricos o más pobres. Pero no son ellos los que causan la inflación interna ni los que impiden un grado sustancialmente más elevado de libertad económica.